

Octavio Paz o la independencia crítica

Guardo el recuerdo permanente de aquella aguda, implacable y, en ocasiones, conmovida semblanza de "Jaime Torres Bodet: poeta secreto y hombre público", leída por Octavio Paz en El Colegio de México el 18 de marzo de 1992. Me parece uno de los textos más incisivos escritos por Paz sobre la persona y la obra de alguno de sus contemporáneos, y ejemplo insigne de su maestría en el arte del "retrato literario". Me interesa ahora destacar algunas líneas de ese texto que, según espero, podrán servirme de apoyo para fijar los principales hitos de nuestro desarrollo intelectual como nación.

En el siglo XVIII —dice Paz— los antiguos clérigos empezaron a convertirse "en los ojos y la lengua del cuerpo social: representan a la crítica [...]". La crítica del intelectual moderno ha sido desde entonces, "crítica de los principios y crítica del poder". Y, en efecto, ya bien entrado el Siglo de la Luces empiezan a hacerse patentes algunos rasgos de independencia moral de los intelectuales novohispanos: Juan José de Eguiara y Eguren y Francisco Javier Clavijero —por citar sólo a dos de los más distinguidos— se deciden a contradecir con sólidos argumentos y fundadas razones los insultantes prejuicios en que los "sabios" europeos fincaban su deleznable visión de todo lo

José Pascual Buxó. Doctor en Letras, investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras.

**En nuestro siglo xix
prevalece la imitación
de una cultura
europea, que ya
no juzga con
menosprecio lo nacido
o acontecido en
América, sino
que le ofrece
magnánimamente
sus modelos en todos
los campos de la
cultura política,
científica y artística.**

americano, ya se tratase de la naturaleza inmadura de ese continente, ya de la imperfecta humanidad de sus nativos, indios o españoles. Más de dos siglos hubieron de transcurrir entre el inicio de la dominación española —que, vista en términos culturales, fue también la paulatina entrada de esos nuevos reinos americanos en el ámbito de la modernidad europea— para que las nuevas generaciones criollas tuvieran el valor de definirse a sí mismas no tanto por su herencia, cuanto por su sapiencia. El nacimiento de la crítica en la América hispánica es el resultado de la toma de conciencia por parte de las clases cultas de su humanidad plena y, como consecuencia de ello, de su pleno derecho a la independencia intelectual y política.

En nuestro siglo xix —nudo gordiano en que las raíces del pasado y las luces del presente se confunden y enmarañan— prevalece la imitación de una cultura europea, que ya no juzga con menosprecio lo nacido o acontecido en América, sino que le ofrece magnánimamente sus modelos en todos los campos de la cultura política, científica y artística. Los intelectuales mexicanos miran desde lejos a Europa con la misma devoción que los pupilos a su maestro benevolente, si bien alguna vez éstos no dejan de sorprenderle con hallazgos inesperados.

No es prudente generalizar en extremo ni se pretende aquí la exacta verdad de lo dicho; y sin embargo, algo me resulta aceptable del esquema que voy trazando, y es que si en el siglo xviii nuestros intelectuales se esforzaron —con enérgico respeto— porque se les reconociese en Europa una condición humana digna de aprecio, en el xix —ya depuesta la fiera filosofía de los europeos— los intelectuales mexicanos se consideraron justamente acreditados para el ejercicio de una crítica —del poder, de la sociedad o del arte— que les permitiera parangonarse con la de sus modelos ultramarinos. Se pasaba así, en el curso de un siglo, del menosprecio al reconocimiento, de la defensa propia al benévolo dictamen ajeno.

Con todo, la independencia política no siempre fue correspondida por la independencia crítica. El principal impedimento para el libre ejercicio del examen y diagnóstico de las dolencias sociales también fue señalado por Octavio Paz, en el texto aludido: la tradición cortesana de México, que "nace con el régimen virreinal, continúa en siglo XIX con el porfirismo y llega a nuestros días", inclina a los intelectuales a convertirse en funcionarios, a los críticos en panegiristas o, en el más extremo de los casos, en escritores incomunicados y resentidos. Vale la pena citar otros textos de Octavio Paz, crueles y verdaderos; en especial unos párrafos de otra de sus memorables semblanzas, la de "Rodolfo Usigli en el teatro de la memoria":

No es difícil adivinar por qué Usigli vivió tantos años fuera de México: no encontraba acomodo ni reconocimiento. Nuestro medio es hostil. Pero Usigli no es el único escritor mexicano que ha escogido el exilio voluntario; el mismo Reyes, en apariencia festejado, decía con frecuencia a todos los que queríamos oírlo que vivía exiliado en su propia tierra [...] El caso de Rodolfo Usigli, más extremado que el de Reyes, es otro ejemplo de la mezquindad del medio mexicano.

No entremos ahora en el campo de la producción artística, sino únicamente en el de la crítica literaria. En éste, la nítida figura de Alfonso Reyes es ejemplo de la actitud asumida por la inteligencia mexicana en las primeras décadas del siglo XX. Divididos entre el nacionalismo militante, inevitable producto de la revolución social, y la nostalgia de una Europa civilizada, aunque no menos brutal y guerrera que las naciones de nuestro continente, muchos intelectuales mexicanos encontraron en la diplomacia un refugio y una escapatoria. El temor a verse envuelto en las incesantes y comprometedoras disputas ideológicas, le aconsejaron instalarse en España —o, alguna



vez, en Argentina, que no era la nación atrabiliaria de hoy, sino tierra todavía segura para la reposada meditación de la cultura— donde su saber y su finura le conquistaron un reconocido lugar en los círculos académicos y periodísticos más selectos.

En algún modo, Reyes parecía haber llegado al cumplimiento de los centenarios afanes de la intelectualidad mexicana: quedaban atrás los tiempos en que era preciso rectificar desde la Colonia la inicua visión que de ella tenían los científicos europeos, ni había por qué seguir copiando a la distancia sus admirables modelos; ahora, un intelectual mexicano —miembro de una generación de letrados que hacía del Ateneo su divisa universal— se animaba a examinar e interpretar con los mismos métodos y premisas de la ciencia europea todos los caudales de la civilización occidental. Su mayor tarea bien podría quedar sintetizada en aquella frase inscrita en el "Prólogo" de *El deslinde*: "Los dos mayores peligros que amenazan a las naciones, de que todos los demás dependen, son la deficiente respiración internacional y la deficiente circulación interna".

En efecto, Alfonso Reyes alcanzó a darle a su obra la ambicionada "respiración internacional" que por fin nos libraría del apocamiento provinciano. Nada le fue ajeno, ni la antigua retórica ni la moderna ciencia literaria, ni la épica griega ni la lírica o el teatro español de los siglos áureos, ni la tradición medieval ni las aventuradas vanguardias de su tiempo. Y no contento con eso, junto a otros hombres de cultura universal —nacidos en la tierra o transplantados en ella— fundó instituciones que acrecentaran y difundieran sus bienes. Por fin sonaba con clara dignidad la voz de México en el llamado "concierto de las naciones", ficción política que presumía asegurar un final feliz para todas las desgarraduras de la cultura Europa. Y sin embargo, no tardarían en hacer una nueva y más vengativa aparición los siete jinetes del Apocalipsis que —aún de lejos— vinieron a turbar

la pacífica quietud de aquella Arcadia mexicana en la que Reyes —abandonada la diplomacia— se disponía a ordenar la imagen del mundo que había ido diseñando en su obra prolífica y dispersa.

Pero ¿cómo andaba entre 1940 y 1944 la interna circulación de la cultura mexicana? La conciencia de otra generación de escritores mexicanos estaba siendo sacudida por los nuevos conflictos europeos: el afianzamiento del socialismo soviético, el ascenso imparable del nazifascismo, la revolución y la guerra de España, la parálisis política de los campeones europeos de la democracia: Francia e Inglaterra. En suma, la Segunda Guerra Mundial. Es historia que —de puro conocida y dolorosamente cercana— debo evitar; la evoco sólo un instante para situar al joven Octavio Paz en el nacimiento de su generación y en el origen de su pensamiento. Es hito importante de ambos su activa participación en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas celebrado en Valencia —capital de la España republicana— en 1937. De regreso a México, se afanó en la creación de revistas literarias, dedicadas no sólo a la creación artística, sino a la discusión política, en abierta disidencia con el purismo literario de los Contemporáneos, pero también opuesta a los nacionalismos estridentes. ("Los nacionalismos —decía Paz— son sistemas defensivos hechos de ideas quiméricas y de púas verdaderas"). En 1945, quizá moralmente fatigado por el peso de lo que él mismo llamó en su retrato de Usigli "los excesos y brutalidades de la Revolución mexicana y la posterior corrupción de muchos de sus dirigentes", ingresa en el servicio exterior mexicano. Se diría que, a sus treinta años, Octavio Paz estaba resignado al exilio dorado de la diplomacia, que le permitiría mantenerse alejado de ese vivir mexicano "entre la maledicencia y el silencio".

En el extranjero se acrecienta el número de sus textos poéticos, cada vez más ceñidos y exigentes; crece también su apasionado conocimiento de la litera-

La conciencia de otra generación de escritores mexicanos estaba siendo sacudida por los nuevos conflictos europeos: el afianzamiento del socialismo soviético, el ascenso imparable del nazifascismo, la revolución y la guerra de España, la parálisis política de los campeones europeos de la democracia: Francia e Inglaterra.



tura —de toda la literatura: vastísimo universo del que se apodera con metódica voracidad— y se enriquece con tales experiencias su meditación en torno de la naturaleza de esa clase particular de escritura —la poesía—, que él llegaría a definir como “la conciencia del idioma”. Ya en todo esto pueden advertirse las semejanzas y las diferencias de Octavio Paz con Alfonso Reyes; éste, laborioso *scholar* animado por la insaciable curiosidad y la estoica ironía; el otro, dominado por una pasión fáustica de conocimiento, dueño de una lucidez hiriente y de un verbo romántico de inextinguible creatividad. Quien compare *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria* (1944) con *El arco y la lira. El poema. La revelación poética. Poesía e historia* (1956) sabrá a qué me refiero: mientras que Reyes repasa y clarifica todas las tradiciones europeas herederas del positivismo (filología, fenomenología y estilística) y advierte con cautela a sus lectores que su minucioso ejercicio analítico ha de ser recibido tan sólo en su “carácter de aproximación” teórica, Octavio Paz no privilegia el saber de los eruditos, sino que se sumerge en “los testimonios directos de la experiencia poética”: “La unidad de la poesía —dirá— no puede ser asida sino a través del trato desnudo y personal con el poema”. En la década que media entre la publicación de ambos libros, se hace patente el radical cambio de actitud de los intelectuales mexicanos hacia su herencia cultural: Reyes, desde la perspectiva de la ciencia occidental, representa dignamente a México en el concierto de Europa; Paz se apodera de la herencia occidental —y oriental y prehispánica— desde “una conciencia dolorosamente agudizada” por su condición de escritor mexicano: la crítica, la asimila pero, sobre todo, la transfigura; o, como él mismo dijo a propósito de *El laberinto de la soledad*, se esfuerza por situar a los mexicanos “dentro de la corriente histórica mundial (no ya como objetos sino, así sea parcialmente, como agentes de los cambios que se operan en todo el planeta)”. La liber-

tad intelectual que soñaron los sabios criollos a fines del siglo XVIII vino finalmente a vislumbrarse al promediar el XX.

En 1968, un acontecimiento vesánico y vergonzoso sacudió la conciencia de muchos mexicanos y, en particular, la de Octavio Paz: la matanza de Tlatelolco lo hizo renunciar al dorado exilio de la diplomacia; él no sería —como otros lo fueron antes— un poeta funcionario, sino un intelectual libre que combatiría en su misma patria las calamidades de aquella sociedad conflictiva, dividida y esquilmada. Con la misma pasión lúcida y enérgica con que Paz se enfrentaba a su conciencia poética, así se enfrentó a los males de la nación, que son males políticos, es decir, de mal gobierno. Esta fue otra característica primordial de su vida y su obra: la crítica de la sociedad y de las ideologías que la informan o deforman. De ahí que al reunir la suma de sus obras, los editores las hayan ido colocando dentro de distintos apartados, susceptibles de dar cuenta de la diversidad de géneros y asuntos que él abarcó. A cada uno de ellos se le dio un título, a la vez preciso y sugerente: "La casa de la presencia: poesía e historia"; "Fundación y disidencia"; "Generaciones y semblanzas"; "Los privilegios de la vista", que trata temas relativos al arte moderno, universal y mexicano; "El peregrino en su patria", acerca de la historia y la política en México, y un libro monográfico de especial significación para la historia de la crítica literaria: *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. El que hoy nos ocupa es el volumen 14 de sus *Obras completas*, y los artículos y ensayos que lo componen se ordenan de conformidad con las secciones antes mencionadas.¹

Sería insensato tratar de dar cuenta de todos y cada uno del centenar de artículos incluidos en este volumen. Pero aunque no me hicieron recomendación alguna, quizá al invitarme a participar en este encuentro,² María José Paz y Adolfo Castañón pudieron

¹ Octavio Paz, *Obras completas*, vol. 14. *Miscelánea II*. México: Fondo de Cultura Económica, 2001.

² Texto leído en la Librería Octavio Paz (Fondo de Cultura Económica) el 19 de julio del 2001.



tener en mente el que yo me refiriera a los artículos incluidos en el apartado relativo a Sor Juana Inés de la Cruz, es decir, a la sonada polémica que sostuvo el autor con un grupo de historiadores mexicanos entre 1979 y 1980. La polémica —lo sabemos todos— fue no sólo una de las formas predilectas de expresión de Octavio Paz, sino la configuración misma de su pensamiento; en su obra, *discrepancia* y *convergencia* son términos de constante aparición, que ponen de manifiesto la índole peculiar de su dialéctica argumentativa. Es cierto que a veces la ejerció con quevedescos agravios, al trazar la silueta moral de un adversario mentiroso (tal podría ser el caso de la "Carta a Rubén Salazar Mallén"), pero otras —las más— sus polémicas fueron el resultado de una franca confrontación de sus ideas y una apasionada afirmación de sus convicciones. Diré algo más: como insaciable autodidacta, atento a todas las manifestaciones del intelecto y el arte, le resultaban antipáticas "las cofradías y hermandades académicas" por su carácter gregario y su monologismo magistral, pero nunca dejó de reconocer su deuda con aquellos cuya obra le sirvió para trazar o descubrir sus propios caminos.

Al releer los cuatro breves escritos de Paz a propósito de una disputa con Elías Trabulse acerca de a quién correspondía la gloria de haber sido el primero en advertir la influencia del *Corpus Hermeticum* en la poesía de Sor Juana, tuve la impresión de que en esa polémica se había desperdiciado una gran oportunidad para debatir seriamente en torno de un asunto realmente importante para el mejor conocimiento de nuestra historia cultural. Recurro, para explicarme, a la "Relación de hechos" redactada por el propio Paz. Resulta que en agosto de 1974, Paz dictó seis conferencias en El Colegio Nacional sobre la vida y la obra de Sor Juana; en la primera, "trazó el tema del hermetismo neoplatónico al ocuparse del sincretismo de los jesuitas en el siglo xvii"; en la cuar-

ta volvió al tema al estudiar el *Neptuno alegórico* y *El divino Narciso*, y en la quinta trató nuevamente el asunto al analizar el *Primero sueño*. Apoyado en los estudios precedentes de Carlos Vossler, Robert Ricard y Frances A. Yates, Paz "formuló por primera vez —estas son sus palabras— la idea de que Kircher había sido el canal de transmisión entre la tradición hermética y sor Juana". En tales conferencias se basaron los seis artículos aparecidos posteriormente en la revista *Vuelta*.

Es el caso que en junio de 1979, en el "Prólogo" a un *Florilegio* de Sor Juana, Elías Trabulse se refirió a la tradición hermética en el *Primero sueño*, citando a Vossler y a Ricard, pero omitiendo a Octavio Paz. Éste, indignado por el "ninguneo" de que se le hacía objeto, publicó en *Vuelta* un artículo ("Plagio, toga y birrete") en el que refería la historia de sus indagaciones sobre el tema y motejaba de plagiaro al historiador Trabulse, de quien reconocía sin embargo sus notables contribuciones a la historia de las ideas en la Nueva España. Parece difícil resistirse a intervenir en una polémica en la que no sólo está en juego la precedencia de un descubrimiento científico o de una intuición crítica, sino —en el fondo— la confrontación de dos modos de acercarse a una misma realidad cultural: la del intelectual independiente y la del académico profesoral. De no haberse dado la súbita intervención de Edmundo O'Gorman y Jorge Alberto Manrique, con humores alterados por la polémica, quizá no se hubiera perdido el rumbo de una discusión que habría sido de la mayor importancia para el conocimiento de algunas de las motivaciones estéticas de la obra de Sor Juana y, al propio tiempo, para elucidar la presencia de recelados paradigmas filosóficos y literarios vigentes en ciertas zonas de la cultura barroca novohispana, en especial, el hermetismo neoplatónico.

No es posible ahora ser prolijo en el detalle de los antecedentes de esa importante cuestión. Diré sola-



A pesar de su interpretación en clave puramente escolástica, Méndez Plancarte no pudo ocultar en el comentario de esos versos que las “intelectuales estrellas” del poema son precisamente un trasunto metafórico de las “platónicas ideas subsistentes”.

mente que el padre Alfonso Méndez Plancarte —patriarca de los estudios de la poesía novohispana, pulcro y erudito editor de la obra de Sor Juana, pero no siempre libre de prejuicios— desestimó la posible influencia de la filosofía hermética en *El sueño*, no tanto porque desconociera los atisbos que sobre el particular habían tenido Vossler y Ricard, sino —es lo más cierto— por temor a que su “exacta religiosa” pudiera verse contaminada por algún género de herejía. Dicen así los versos 292 y siguientes de *El sueño* en la versión prosificada de Méndez Plancarte:

El Alma [...] reconcentrada toda ella en una *como intuición de su propio ser espiritual y su esencia hermosa*, contemplaba esa centella o chispa de Dios que goza dentro de sí [...] Juzgándose, además casi desatada de la cadena del cuerpo, que la tiene siempre ligada y que grosera y torpe le dificulta el vuelo intelectual con que ora mide la inmensidad del firmamento...

Conviene advertir que esta paráfrasis no se limita a ser una versión literal de los versos de Sor Juana, toda vez que se perciben en ella las huellas de una intencionada interpretación crítica. Por limitarnos a este ejemplo, Sor Juana no dice que el alma racional se reconcentre en sí misma, “como” si se tratase de una intuición de su propio ser espiritual, sino que —liberada por el sueño del control que en la vigilia debe ejercer sobre las funciones corporales— el alma racional puede ya contemplar directamente, *en sí misma*, esa “centella” o chispa que la hace semejante o partícipe de la naturaleza divina; esto es, puede dar paso a las imágenes o figuras con que la fantasía da forma y color a las abstractas ideas del intelecto. Pero, a pesar de su interpretación en clave puramente escolástica, Méndez Plancarte no pudo ocultar en el comentario de esos versos que las “intelectuales estrellas” del poema son precisamente un trasunto metafórico de las “platónicas ideas subsistentes”.

Esa contemplación imaginaria que el alma racional lleva a cabo en *El sueño* en su viaje extático por la "cantidad inmensa de la Esfera", es decir por toda la extensión de lo creado, tenía sus antecedentes muy precisos en el *Pimandro*, uno de los tratados atribuidos a Hermes Trismegisto, dios egipcio de la sabiduría redescubierto por los neoplatónicos renacentistas y, más cercanamente a Sor Juana, en el *Iter extaticum Coelesti* (1671) del jesuita Atanasio Kircher. En ambos casos —y en muchos otros que no es posible mencionar ahora— se trata de un *sueño de anábasis*, es decir, de una exploración onírica del cosmos en busca de la revelación sobrenatural de las leyes que presiden la creación y el destino del hombre y del cosmos. Méndez Plancarte intentó ocultar esa posible fuente literaria del poema de Sor Juana y, en otra nota, asentó que si bien Platón y sus secuaces conciben el alma "como una sustancia completa y preexistente", encadenada al cuerpo e impedida por él en sus operaciones intelectuales —y de ahí la necesidad del sueño para desatlarla de esa material cadena—, para Aristóteles y la filosofía escolástica, "el alma es forma sustancial del compuesto humano y lejos de verse impedida por la materia en su actividad natural, presupone el concurso de los sentidos..." En suma, y dicho en lenguaje más llano, lo que perturbaba al católico ortodoxo era aquella tenaz independencia intelectual de Sor Juana y su imperioso afán de saber, tan fácilmente identificable con la divisa de Hermes Trismegisto en el *Pimandro* y, por supuesto, con aquellas "fantasías poéticas" de la liberación del alma que ninguno de los lectores debía confundir con verdaderas "tesis filosóficas", por cuanto que se oponían al canon de la teología católica. Con ello, quedaban abusivamente censurados o enmendados los hallazgos propiamente poéticos de un texto que no es precisamente un tratado de filosofía escolástica, sino uno de los más altos poemas del barroco hispánico.

Esa contemplación imaginaria que el alma racional lleva a cabo en *El sueño* en su viaje extático por la "cantidad inmensa de la Esfera", es decir por toda la extensión de lo creado, tenía sus antecedentes muy precisos en el *Pimandro*.



En contradicción expresa con estas posturas de la crítica conservadora, Octavio Paz nos hizo ver que "la importancia del estudio del hermetismo es doble. En primer término, ilumina con luz nueva el tema del tránsito hacia la modernidad: el hermetismo es puente entre la ortodoxia y el nuevo pensamiento". Pero aún más importante que esto es la relación de Sor Juana con el hermetismo, que enlaza su obra con la tradición central de la poesía moderna: "Creíamos —dice en uno de los episodios de la polémica aludida, 'Los truenos del Olimpo'— que *Primero sueño* era un poema solitario en la poesía de su lengua y de su tiempo. Lo es. Pero hoy descubrimos que es parte de otra tradición. Y esa tradición es el origen de la nuestra". De ahí que Sor Juana sea "nuestra contemporánea".

Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe (1982) no es sólo el estudio más detallado y perspicaz que hasta ahora se haya escrito sobre su vida y su obra, sino, además, una penetrante, iluminadora y, por supuesto, polémica interpretación de la sociedad y la cultura novohispanas. Y del mismo modo que el *Arco y la lira* marcó entre nosotros el inicio de una nueva manera de concebir y realizar el estudio esencial de la poesía, el libro sobre Sor Juana hizo dar un giro definitivo al conocimiento de nuestra cultura virreinal. Convirtió los datos generalmente inertes de la crítica positivista en una emocionante experiencia de recuperación —o, como él preferiría decir, de restitución— del sentido de la vida y de la obra de Sor Juana, esto es, se propuso reinstalarla no sólo en la historia de su mundo, sino también hacerla vivir en el nuestro. No todo lo que Octavio afirma a lo largo de las seiscientas páginas de su libro ha de ser necesariamente compartido por todos; él mismo me lo dedicó aludiendo a nuestras "discrepancias" pero, sobre todo, a nuestras "convergencias". Lo que no puede negarse es que supo entrelazar con nueva armonía la considerable masa de saberes heredados con la lúcida independencia de su propia reflexión.